

hija querida; luego el estado de profunda miseria en que viniera á parar.

Hemos dicho ya que la hospitalidad del maestro Adán era á la par de una grandeza y de una simplicidad sublimes; en efecto, el anciano, al dar asilo á Marco Brandi, no sólo había olvidado su venganza, sino también su pobreza. Cierto es que los cuidados que incesantemente reclamaban los dos heridos le hicieron patente su miseria, pero sometido generosamente á todas las consecuencias de su buena acción, no paró mientes en las dificultades que para llevarla á feliz término pudiesen acarrearle. Entonces el anciano, para subvenir al doble gasto que se le echara encima, pues debía atender á los heridos y á los sanos, poco á poco había ido deshaciéndose de los objetos menos necesarios de su modesto ajuar, para luego hacerlo de los utensilios usuales, hasta que por fin se vió obligado á confesar sus apuros á Gelsomina, la cual no vaciló en desprenderse de sus alfileres de oro, de sus pendientes y de su collar.

Adán vendió con lágrimas en los ojos las alhajas de su hija; pero durante el primer mes los dos heridos fueron cuidados con toda solicitud y esmero; transcurrido este término, el pintor, que todo lo comprara siempre al contado, halló crédito por espacio de una semana; y por fin los últimos ocho días de la convalecencia transcurrieron más difícilmente, á causa de que los acreedores no solamente reclamaban el importe de los artículos que proporcionaran, sino que no querían facilitar más. Con todo, las seis semanas se deslizaron, y como ni el cabo Bombarda ni Marco Brandi tuvieran ocasión de examinar la casa al entrar en ella, no habían advertido el estado de desnudez á que quedó reducida cuando de la misma salieron. Mas, como Adán no quería que su hijo se pusiese en camino sin llevar algún dinero en el bolsillo, recurrió á la antigua amistad de su compadre Mateo, el cual, si bien de buenas á primeras opuso mil dificultades

por fin y vencido por las instancias del pintor, se arriesgó, y eso que era el prototipo de la avaricia, á prestarle tres sueldos, bajo la condición formal de que si dentro de ocho días no se los devolvía, en garantía del préstamo le entregaría una prenda que le pusiese á cubierto del desembolso. El anciano aceptó las condiciones impuestas; de modo que en el instante en que el desventurado padre estrechaba la mano de su hijo, pudo todavía deslizarle en ella esta última muestra de su previsión paternal, que el cabo Bombarda se guardó de no aceptar, por mínima que fuese; á bien que al aceptarla estaba lejos de sospechar que pasaba á ser tres sueldos más rico que su padre.

El bueno del pintor no conoció en toda su descarada realidad la miseria que le envolvía hasta que Bombarda y Marco Brandi hubieron partido: la casa estaba vacía, hasta el extremo que de los pocos muebles que en otro tiempo la adornaban, no quedaban sino las camas de los dos heridos.

Mientras la vieja Babilana disponía para la cena las últimas provisiones que pudieron reunirse y que consumidas en una ó dos veces iban á dejar sin recursos á la desdichada familia, Gelsomina derramaba abundantes lágrimas, sentada en una de las camas, en tanto que, sentado en la otra, Adán, absorto en sus pensamientos se devanaba los sesos para arbitrar el medio de salir del apurado trance en que se hallaba metido. De pronto pareció que una idea luminosa le hubiese cruzado el cerebro, y, levantándose, fué á besar á su hija. El pintor acababa de resolver que Gelsomina partiese al día siguiente para Tropea, donde tenía una tía que con frecuencia había solicitado se la mandasen. Adán, que nunca consintiera en separarse de su hija, ahora se decidió á complacer á su parienta para todo el tiempo que durase la ausencia de Marco Brandi. De esta suerte á lo menos Gelsomina se vería libre de las privaciones á las cuales

no podía sustraerla de permanecer en la casa paterna, privaciones que él y su mujer hallarían modo de soportarlas desde el instante en que no alcanzarían á su hija. La joven hizo algunas objeciones; pero vencida por las instancias de su padre, consintió en partir al día siguiente. En virtud pues de lo estipulado en familia, Adán se fué, al quebrar el alba, á pedir prestado el rucio á fra Bracalone, con quien estaba á partir un piñón desde el trato de marras, y como no era día de cuestación, el sacristán se lo prestó sin reparo.

Gelsomina se despidió de su madre y se subió sobre los lomos del cuadrúpedo, el cual echó á andar, gozoso de llevar esta vez, contra su costumbre, una carga tan liviana.

Adán había escogido aquella hora tan matinal para que su hija, al llegar á casa de su tía, hallase un almuerzo que en vano habría buscado en la suya. En efecto la mencionada parienta recibió con grandes muestras de alegría á Gelsomina y á su cuñado, á quien hubiera querido retener á lo menos por espacio de veinticuatro horas; pero el anciano, recordando que había dejado á la pobre Babilana sola, sin comida y sin dinero con que comprarla, ni siquiera quiso sentarse á la mesa, pretextando haber prometido devolver el rucio antes del mediodía. Lo que hizo sí fué pedir permiso para meterse en el bolsillo la parte de almuerzo que le correspondía, para, según dijo, comérsela durante el camino, pero en realidad para llevarla á su mujer. Luego se despidió de Gelsomina, prometiéndole volver por ella cuanto antes.

Una nueva desgracia aguardaba al pintor á su regreso; el propietario de la casa en que vivía, quien hacía algún tiempo no le dejaba sosegar para que le satisficiera las tres pensiones que le debía, le había embargado lo poco que le quedaba. Al saber esta noticia, Adán vió claramente que por fin se hacía imposible la lucha y que no tenía otro remedio que ceder;

de consiguiente sacó del bolsillo las provisiones que para su mujer se llevara de Tropea, no sin antes asegurar que había comido su parte, y mientras ésta, para hacerlas el debido acatamiento, soltaba los rosarios que cogía matinalmente cada vez que los quehaceres domésticos le permitían hacer sus oraciones, empezó á pasearse de un cabo al otro del aposento con la agitación que precede siempre á toda resolución desesperada, hasta que por fin se detuvo delante de Babilana, con los brazos cruzados y en actitud de hombre que ha tomado una resolución definitiva.

—¿Qué hay? preguntó la pobre anciana con instintivo sentimiento de terror.

—Esposa mía, respondió Adán, ha llegado el momento de revestirnos de ánimo.

—¡De revestirnos de ánimo! repitió Babilana con acento entre interrogador y pasivo.

—Sí; hoy se han apoderado de los muebles; mañana van á echarme á mí la garra.

—¡A tí! murmuró la buena mujer; pero ¿no debemos salir de esta tierra maldita en compañía de nuestros hijos y de nuestro yerno?

—Sí; pero no me dejarán partir.

—¡Que no te dejarán partir! ¿Qué hacer entonces?

—Sólo me queda un recurso.

—¿Cuál?

—El de morirme.

—¡Morirte! exclamó la pobre anciana dejando caer el trozo de pan que con mano temblorosa llevaba á la boca.

—Morirme, sí; no me queda otro remedio para vivir tranquilo.

—Á ver, explícate, dijo Babilana.

—Escucha, repuso Adán, voy á meterme en cama; luego te vas á ir corriendo por el médico, que no vendrá porque de antemano se tiene por sabido que tanto si me salvaba como si me enviaba al otro barrio,

no iba á sacar provecho alguno, y mañana por la mañana me habré muerto por falta de auxilios; ahí todo. Lo que podrá suceder es que lapiden á ese perillán del médico, de lo que me alegraría infinito.

—¿Luego no quieres morirte de veras? murmuró la buena Babilana, que por fin empezaba á ver claro.

—No soy tan majadero, respondió Adán; pero una vez me crean difunto, los acreedores tal vez se muestren menos rigurosos contigo. Por lo que á mí hace, ya me arreglaré con fra Bracalone, que me ha prometido esconderme, y huiré á Roma, adonde iréis todos para reuniros conmigo.

—¿Á Roma?

—Á Roma, sí; es la tierra del arte. Allá tal vez aprecien el talento que aquí miran con desdén; además voy á ver por fin el famoso *Juicio final* de Miguel Ángel, del que tanto se habla.

—¿Quién es Miguel Ángel? interrumpió Babilana.

—Un mozo que también pintaba almas del purgatorio, y á quien voy á ver si le igualo.

—Poco bueno auguro de todo eso, repuso la anciana moviendo la cabeza; lo que vas á hacer es tentar á Dios.

—Y ¿qué demonios quieres tú que nos suceda peor que lo que pasamos ya? Las situaciones desesperadas á lo menos tienen la ventaja de que no pueden sino cambiar favorablemente. Ve por el médico, ve, mujer.

—Pero ¿y si viniese?

Entonces podría suceder que el asunto cambiase de especie y que me muriese de veras. Mas no temas, no se acercará por aquí; ve pues, ve.

—Tú lo quieres, chitón y andando, dijo la anciana, acostumbrada á obedecer pasivamente á su marido desde hacía veinte años.

Babilana se salió en busca del doctor. Cuanto á Adán, una vez solo, se acercó á un pedazo de espejo que le servía para afeitarse, y empezó á pintarse el rostro como un actor que tuviese que desempeñar la

sombra de Nino en *Semiramis*. Bastante latos hemos sido ya respecto al talento del respetable héroe de nuestra historia para que á los lectores pueda asaltarles el temor de que el numen del artista pudiese desmayar al emplearlo en sí mismo y en circunstancias tan graves. En efecto, poco después el semblante del anciano ofrecía aparentemente todos los síntomas de una enfermedad mortal en su último período. Adán iba siguiendo los progresos de la dolencia con satisfacción real de su amor propio, hasta que por último y cuando suficientemente acicalado, encendió la última vela que quedaba en su habitación, arregló su luz como pudiera haberlo hecho Rembrandt, y se tendió en una de las camas.

Apenas el pintor hubo dado fin á estos preparativos, cuando entró Babilana, pero sola, pues conforme sospechaba aquél, el médico había, no negándose á seguirla, sino pretextado otras visitas más urgentes, y aplazado la suya para otro instante. La buena mujer traía pues dicha respuesta á su marido, cuando vió á este tendido en su cama y alumbrado tan sólo por la fúnebre y vacilante luz de su última vela; pero era tal la apariencia de agonía del fingido enfermo, que la pobre anciana, con todo y estar advertida, dió un grito de espanto. Adán se apresuró á tranquilizarla; mas por mucho que le dijo, todavía aquella estaba temblando como la hoja en el árbol cuando llamaron á la puerta.

Era el casero, el cual, sabedor de la súbita enfermedad de Adán y temeroso de verse envuelto en un litigio con los herederos, comparecía acompañado de los corchetes para ver de llevarse los muebles del pintor en vida de éste si era posible. Como hemos dicho ya, la operación del desocupó no ofrecía grandes dificultades. Después de inspeccionada la primera pieza, que si no estaba vacía poco le faltaba, casero y corchetes penetraron en la segunda, y sin dejarse ablandar por los gemidos del moribundo, se incauta-

ron primeramente de la cama frontera de la en que éste estaba tendido; luego, notando que por un refinamiento de sibaritismo, falta de delicadeza en un deudor, Adán escogiera la más cómoda para morir en ella, levantaron suavemente el colchón sobre el cual el infeliz estaba tendido, y lo dejaron encima de uno solo. Interin, Babilana se deshacía en ruegos y en lágrimas, pero como ya es sabido que el casero es, en toda la faz de la tierra, un ser aparte y de naturaleza poco accesible al llanto y á los ruegos, de nada sirvió cuanto pudo decir la anciana. Los corchetes continuaron su expedición y por último se marcharon dejando vacías las dos piezas y abiertos los armarios. Verdad es que el desgraciado propietario sólo disfrutaba de doce mil libras de renta, lo que, en Calabria, puede equivaler á cincuenta mil, y que la cantidad que Adán le estaba adeudando quizá quizá llegaba á diez escudos.

—Y bien, marido mío, dijo Babilana cuando los agentes de la ley hubieron salido, ¿quieres decirme qué hemos ganado en semejante comedia?

—¿Qué? respondió el artista, un buen colchón para ti, mujer, cuando de haberme hallado en pie habrían arrebañado con todo. Pero ¡silencio! están llamando.

—Es el compadre Mateo, dijo Babilana después de mirar por el ojo de la cerradura.

—Que entre, respondió Adán. Pero oye, para el estoy bien muerto.

La anciana hizo en la cabeza una señal de asentimiento y se encaminó á abrir la puerta, mientras el artista cruzaba las manos sobre el pecho, cerraba los ojos y abría la boca.

—¡Pobre compadre! dijo Mateo entrando en la pieza mortuoria; ¡ahí lo que somos!

—Ya puede usted decirlo, respondió Babilana. Dios le ha llamado á un mundo mejor.

—Pero ¿cómo le ha cogido?

—Esta mañana ha empezado á sentir gran debilidad en las piernas, y vahidos, y...

—Pues mire usted, interrumpió Mateo, lo mismo me pasa á mí cuando he bebido más de lo regular.

—¡Ay! no le ha venido á él de beber, repuso Babilana, pues el pobre no había probado absolutamente nada hacia veinticuatro horas.

Creyendo mentir, la buena mujer decía una verdad como un templo.

—Luego ha venido nuestro propietario, prosiguió esta, y, como puede usted ver, se lo ha llevado todo.

Mateo hizo señal de que veía perfectamente.

—De modo que esto ha sido para él el golpe de gracia, continuó la anciana, tanto, que apenas han salido aquél y los corchetes, se ha muerto... Bien pueden éstos vanagloriarse de haberle matado. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Hay acreedores sin entrañas, dijo Mateo. Usted ya sabe, tía Babilana, que su marido me debe tres sueldos.

—Lo sé; el pobre me lo ha dicho antes de morir. ¡Si hubiese usted visto cuánto le apesadumbraba el no poder devolvérselos!

—Y ¿le ha dicho á usted también que me había ofrecido una prenda en garantía?

—También; pero ya lo ve usted, nada nos queda.

—Sin embargo, para ir adonde va, para maldita la cosa necesita su casquete griego. En vida de él siempre se lo había envidiado, y después de muerto lo conservaré como un recuerdo suyo. Si me lo da usted, condono los tres sueldos.

—Es imposible, compadre, respondió la anciana, pues me ha pedido que le enterrara con él, y por un reino no quisiera faltar á ninguna de sus recomendaciones.

—¡Vaya un capricho más estrafalario el querer que le entierren con su gorro griego! dijo Mateo. ¿Acaso teme sentir frío en la cabeza?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Babilana como si el dolor le entorpeciese los oídos.

—Está bien, está bien, continuó Mateo; me voy, pues soy tan sensible que no puedo ver llorar sin que á mí se me salten también las lágrimas; pero esto no quita que su marido de usted me debiese tres sueldos y que me hubiese ofrecido una garantía que me respondiese de ellos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que ya que usted no puede devolverme los tres sueldos, no tendré escrúpulo alguno en tomarme por mí mismo la garantía donde la halle. Hasta la vista.

—Adiós, amigo de Job, murmuró Babilana.

—¡Ah! dijo entre sí Mateo cerrando la puerta, parece que tienes cariño á tu gorro griego; pues yo también... Veremos quién de los dos será más testarudo.

VIII

EL GORRO GRIEGO

Apenas Mateo había tenido tiempo de entrar en su casa, cuando por tercera vez llamaron á la puerta de la de Adán; pero ahora era un amigo.

Al llegar de su cuestación, fra Bracalone, sabedor del accidente sobrevenido á Adán, había volado para ofrecer al enfermo los auxilios espirituales y temporales. Los auxilios espirituales consistían en algunas frases que aprendiera en las exhortaciones *in extremis* del padre Gaetano, y, cuanto á los temporales, un

frasco de vino añejo de Catanzaro, una gallina para hacer caldo y algunos pescados renombrados por su sabor exquisito y su fácil digestión. Como se ve, fra Bracalone era esclavo de su palabra, conforme demostrara ya apresurándose á llevar las indulgencias prometidas al cabo Bombarda cuando éste corrió peligro de muerte. Desgraciadamente, empero, el cabo, que había recobrado ya el uso de la razón y era un descreído de tomo y lomo, en su afición á lo terreno no quiso saber nada de los anticipos que el sacristán le hacía en nombre del cielo. Fra Bracalone, lejos de darse por vencido, cada dos días y á lo más cada tres, entablaba con el herido alguna controversia sobre los diferentes misterios de nuestra santa religión, controversias en las cuales el incrédulo llevaba con harta frecuencia la ventaja. Por fin, un día en que el fraile y el cabo estaban almorzando juntos, y en la mesa había abundancia de comestibles para acallar el hambre y tres botellas de vino para apagar la sed, la conversación tomó, como de costumbre, un giro teológico, recayendo en la Santísima Trinidad. Como de costumbre también, el cabo empezó á traer á mal traer al sacristán, retándole á que le demostrase la posibilidad de la fusión de una triple esencia en una sola, cuando una inspiración divina iluminó prontamente el espíritu del religioso, quien preguntó al cabo si se convertiría en el caso de que consiguiera demostrarle semejante posibilidad. Bombarda, creyendo no comprometerse para nada, aceptó el reto. Entonces el sacristán tomó una botella vacía, grande, vertió en ella el contenido de las tres botellas chicas, y, teniendo los brazos hacia su adversario, exclamó con acento de triunfo:

—Ahí mi respuesta.

—Explíquese usted, dijo el cabo.

—*Tres in unum*, tres en uno.

El argumento era irrefutable; así es que Bombarda, desde aquel día rompió bravamente con la increduli-

dad, y dió fe á los demás santos misterios de nuestra religión cual si le hubiesen sido demostrados con la misma exactitud matemática que el de la Trinidad.

Fra Bracalone, conmovido en lo más hondo ante la humildad de su neófito, le había tomado grandísimo apego; así es que cuando éste partió para Mesina, experimentó un pesar verdaderamente real.

La afección por el hijo borró los antiguos agravios contra el padre, lo cual ha podido ya adivinar el lector al ver á fra Bracalone prestar graciosamente su asno á Adán. Con todo, si de ello pudiera caberle todavía alguna duda, la intención que llevaba al sacristán y sus provisiones junto al lecho de muerte del pintor la desvanecería por completo.

Fra Bracalone se sintió, pues, verdaderamente conmovido cuando Babilana, al salir á la primera pieza para recibirle, le comunicó la desgracia que acababa de experimentar y le preguntó si quería acudir á la cabecera del lecho mortuario para rezar algunas oraciones.

Al relato de la anciana, el sacristán recordó otra promesa empeñada: la de hacer á su amigo Adán unos funerales dignos de él. Negóse, pues, á la proposición de aquélla, diciendo que no le quedaba sino el tiempo suficiente para disponer el cortejo, y que como él debía velar al muerto en la iglesia, en ella y al lado del ataúd recitaría las oraciones todas que desear pudiera el alma más exigente.

Fra Bracalone se salió, dejando sus provisiones y prometiendo enviar un féretro decente y que aun no hubiese servido (1).

(1) En Italia no entierran los cadáveres como en Francia, en un cementerio, sino en una inmensa concavidad situada en medio de la iglesia y en la cual se penetra levantando una losa. Dejan, pues, caer al muerto en semejante osario, y para evitar las emanaciones místicas, le rocían con cal viva. Ahí porqué un féretro puede servir muchas veces.

Á Adán no se le había escapado palabra de la conversación, y en lo que acababa de decir y de hacer el sacristán, veía á la vez, bueno y malo; lo bueno eran las provisiones que éste llevara y de las que el difunto empezaba á sentir necesidad; lo malo, la escrupulosa puntualidad de fra Bracalone en cumplir sus promesas, puntualidad de que el vivo se espeluznaba. En efecto, si el sacristán permanecía toda la noche al lado del ataúd, era preciso que Adán se decidiese á ser enterrado ó que se resolviese á contárselo todo al fraile. El entierro nada tenía de agradable; la confianza era peligrosa. Adán había contado con la soledad del templo para salir de él sin ser visto, y al día siguiente su mujer habría explicado su desaparición, diciendo que la Madona de Nicotera se le había aparecido en sueños conduciendo gloriosamente á su marido al cielo. Desde entonces la ausencia del cuerpo se explicaba fácilmente, ya que no estando el respetable pintor, como Dios, dotado de la universalidad, no podía encontrarse á la vez en el cielo y en la tierra.

Este bien combinado plan peligraba, pues, en su ejecución; pero nuestros lectores conocen bastante á Adán para haber apreciado ya su fe inalterable en la Providencia; porque es digno de reparo que aquellos para quienes ésta ha hecho menos son siempre los que más cuentan con ella. Ocupóse, pues, el pintor en lo presente, dejando lo futuro en manos de Dios, y ordenó á su mujer que le preparase una cena tal como convenía á un hombre que hacía treinta horas no probaba bocado y concluida la cual no sabía cuándo volvería á comer.

La buena Babilana puso manos á la obra, y, con ayuda de algunas vecinas caritativas, reunió los utensilios necesarios para condimentarla, porque en casa de Adán no había quedado puchero, parrillas ni sartén para un remedio; y es que á medida que en la morada de éste dejaron de entrar vituallas para freir, asar ó

cozer, el pintor se había ido desprendiendo de ellos más ó menos ventajosamente. Gracias, pues, á esta oficiosidad que tal vez no hubiera hallado en otra ocasión, la pobre anciana consiguió dar cima á la tarea, y al cabo de dos horas hubo dispuesto una cena capaz de devolver la vida á un muerto; cuyo fué el efecto que produjo en el artista, quien, al ver entrar á su mujer, se levantó cual nuevo Lázaro, con aire de bienaventuranza que pudiera haber hecho creer á los que hubiesen mirado por el ojo de la cerradura que el alma del honrado pintor gozaba anticipadamente de la eterna. Mas en el preciso instante en que ambos esposos iban á dar principio á la cena, llamaron de nuevo á la puerta. Babilana, al oír los golpes, se apresuró á poner los platos en el suelo y luego se fué á abrir: traían el ataúd.

Este incidente, que tal vez hubiera producido alguna impresión en un muerto menos filosófico que el maestro Adán, en nada disminuyó su apetito, antes al contrario, le estimuló para hacer una de las mejores cenas que recordó haber hecho en su vida.

El pintor acababa de engullir el último trozo de pescado y de envasar el postrer vaso de vino, cuando á la puerta de su casa se oyeron cantos ásperos y discordantes que hicieron estremecer á Babilana.

—Son los *ángeles* que vienen por mí, dijo Adán. Mira, mujer, todavía queda un poco de vino en la botella; dáselo. No quiero que se diga, tratándose de mí, que de nada les ha valido el ponerse su corona de papel dorado y sus alas de cartón. Ínterin, voy á amortajarme lo más bien que pueda y como conviene á un difunto decente. Ve.

La anciana obedeció, cerrando tras sí la puerta para que Adán no se viese molestado en sus ocupaciones.

Efectivamente, los que cantando estaban á la puerta eran los cuatro muchachos de coro de la aldea, los cuales iban, como es costumbre, vestidos de án-

geles con largas túnicas de indiana, alas de cartón y coronas de papel, y acudían en busca del difunto, que debía pasar la noche en la iglesia. Detrás de los muchachos venían los portadores y luego algunos hombres de la aldea precedidos de Mateo.

La buena mujer dió á los ángeles lo poco que de vino quedaba en la botella; pero como atendida la notoria miseria de Adán, los enviados celestiales no debían contar sino con un trago de agua clara, éstos quedaron agradablemente sorprendidos ante tan inesperado agasajo, por pequeño que les hubiese parecido tratándose de un muerto más afortunado. Entonaron, pues, el *De profundis* con voz realmente agradecida, mientras los portadores colocaban el ataúd sobre sus parihuelas y se ponían á la cabeza del cortejo, acompañados de cuatro ángeles y seguidos de Mateo, que presidía el duelo, y quien, gracias á la costumbre de los calabreses, de llevar sus muertos con el rostro descubierto, no perdía de vista el dichoso gorro griego cuya posesión debía indemnizarle de la pérdida de los tres sueldos.

Al cerrar la noche, y en la disposición que hemos indicado, la comitiva llegó á la iglesia, que estaba separada de la población por el jardín en el cual en otro tiempo se escondiera Marco Brandi y se elevaba en la vertiente de una montaña. Era uno de esos edificios pintorescos que tanto gustan á los paisajistas, por el realce que cobran sus piedras sobre el descolorido follaje de los castaños. Dicha iglesia, como el resto del convento, se encontraba en bastante mal estado de conservación; pero, con ayuda de flores frescas y colgaduras viejas, fra Bracalone la había restaurado para la solemnidad que iba á celebrarse en ella.

Fiel á su palabra, el sacristán aguardaba, de pie en el umbral, el cuerpo de su amigo. Los portadores colocaron el féretro en una especie de estrado dispuesto en medio del coro, y mientras los ángeles cantaban su último salmo, aquél encendió en torno de la caja

mortuoria los seis cirios que prometiera. Esta escrupulosa puntualidad despeluzaba cada vez más á Adán, quien, en la hora aquella, veía claro que su amigo iba á cumplir punto por punto su ofrecimiento velándole toda la noche. Concluido el salmo, los ángeles se salieron de la iglesia, tras éstos los portadores, y en pos de los portadores los vecinos de Nicotera, excepto el tío Mateo, el cual halló medio de deslizarse sin ser visto en un confesonario; resultando de ahí, que el pintor, en lugar de un guardián tuvo dos, circunstancia que, de ser conocida de él, hubiera de fijo trocado su temor en verdadero espanto.

Apenas hubo salido el cortejo, fra Bracalone cerró la puerta, y encaminándose de nuevo donde estaba el túmulo, se sentó y empezó á mascullar sus oraciones. Interin, Adán reflexionaba sobre lo que más le convenía hacer. ¿Debía aguardar á que el sacristán se durmiese, como no podía menos de suceder tarde ó temprano, ó bien confiarse á él y demostrarle que estaba velando á un vivo? Este último partido parecióle el más arriesgado; y como, por otra parte, siempre le quedaba tiempo para echar mano de él, resolvió revestirse de paciencia y se mantuvo en una inmovilidad que más de una vez exigiera en vano á sus modelos. Por lo que respecta al tío Mateo, se había también pertrechado de paciencia, contando, para poner en obra su proyecto, al igual que Adán lo hacía por su parte, con la ida ó el sueño del sacristán.

De esta suerte transcurrió parte de la noche, y ambos, engañados en sus esperanzas, empezaban á sentirse molestos, el uno en su ataúd y el otro en su confesonario, cuando fra Bracalone paró de improvisó sus oraciones, y levantándose apresuradamente como quien se ha olvidado de algo de suma importancia, se encaminó corriendo hacia una portezuela que daba al corredor que conducía, al través del claustro, de la iglesia al convento. Efectivamente, el sacristán acababa de acordarse de que se había olvidado de una

de las promesas que hiciera al pintor, la de envolverle en un sayal bendecido, y se dirigía apresuradamente á buscar en su celda, situada al otro cabo del convento, el santo hábito dispuesto para aquella fúnebre ceremonia.

Adán y Mateo creyeron, cada uno por su parte, que había llegado la hora de la libertad; en consecuencia, el pintor levantó la cabeza y el otro entreabrió su confesonario; el primero viéndose libre y corriendo á campo travieso, el segundo dándose ya por dueño del famoso gorro griego; pero en el preciso instante en que los dos sacaban tímidamente la pierna fuera del féretro el uno, y el otro fuera del confesonario, se oyó un gran ruido en el pórtico y abrióse con estrépito la puerta, dando paso á una turba de hombres armados que se desparramaron por la iglesia dando desaforadas voces.

Los dos cautivos retiraron cada cual su pierna y se mantuvieron mudos é inmóviles en la expectativa de lo que iba á suceder.

IX

LAS ALMAS DEL PURGATORIO

La turba que tan tumultuosa é inoportunamente acababa de entrar en la iglesia, era la gavilla de Marco Brandi.

Los bandidos, desde que habían perdido su jefe, estaban entregados á una anarquía deplorable y á una indisciplina fatal. Cierta es que por espacio de algunos días después de la desaparición de aquél, se

mantuvieron en sus costumbres casi militares, temerosos de verle reaparecer de un momento á otro; pero poco á poco la idea de que estaba prisionero ó muerto había adquirido la fuerza de cosa juzgada, y como faltase la mano poderosa que sujetaba todas las malas pasiones, los desgraciados empezaron á obrar según su capricho y sus brutales instintos, no temiendo rey ni roque, blasfemando de Dios y del diablo, cantando el *Ave María* en las tabernas y convirtiendo las iglesias en teatro de sus orgías.

Ahora bien: habiendo sabido, por la tarde del día á que hemos llegado, que el correo que debía pasar á las diez y media de la noche por el camino de Gioja á Mileto transportaba las contribuciones de Palermo á Nápoles, doce ó quince de aquellos precitos se habían emboscado entre las dos poblaciones, y poniendo en fuga á la escolta que daba guarda al coche, sin respetar el servicio del Estado arrebañaron con el caudal público y luego encaminábase á una posada, donde cenaron como hombres de dos estómagos y ninguna conciencia. Casi borrachos y recelosos los unos de los otros, en saliendo de la posada resolvieron ir á hacer el reparto del fruto de su rapiña en la iglesia, para que si alguno de ellos era capaz de engañar á sus compañeros, la santidad del sitio le contuviese. Con esta laudable intención acababan de entrar, pues, en el templo, en tan mala hora para Adán y Mateo.

En el primer instante, los bandidos se habían admirado de encontrar la iglesia tan bien iluminada; pero luego cayeron en la cuenta de que semejante iluminación facilitaría el reparto para el cual allá se dirigieran, y en su ignorancia de los medios de que se vale la Providencia para castigar á los culpados y convertir á los pecadores, se habían felicitado de tan inesperado incidente. Con todo, algunos de ellos, menos encallecidos que sus compañeros, ensayaron dar á entender al resto de la pandilla que entregarse

á semejante ocupación en las barbas mismas de un muerto era una impiedad demasiado grande; pero no sólo se vieron desatendidos, sino silbados. Entonces y por una de esas contradicciones tan comunes en los ignorantes, ellos fueron los que gritaron más con la idea de que sus compañeros olvidasen su primitiva timidez.

Gracias, empero, al resto de obediencia que todavía inspiraba el teniente á los bandoleros, el ruido fué calmándose poco á poco y todos se sentaron en el suelo, formando rueda, para proceder al reparto, que se hizo por el orden del valor de la moneda, quedando después de él un pico de tres sueldos, cantidad bastante difícil de dividir entre quince personas, sobre todo en una tierra en que aun no se había adoptado el sistema decimal. Decidieron pues los bandidos que se echasen suertes para ver á quien tocaban los mencionados tres sueldos; unos propusieron jugarlos á las chapas, otros á pares ó nones; pero ninguno de estos medios obtuvo la aprobación general. Los que los propusieron sostuvieron sus proposiciones, y aquellos que los habían rechazado persistieron en sus trece. La disidencia empezaba á degenerar en disputa y los insultos hacían presagiar que pronto las manos iban á entrar en la danza, cuando el teniente levantó la voz diciendo que acababa de dar con un recurso que satisfaría á todos y al mismo tiempo ofrecería á la sociedad una recreación de las más agradables. Esta doble promesa apaciguó los ánimos, y todos se callaron para escuchar al teniente. La invención de éste era, en efecto, de las más ingeniosas: consistía en levantar el ataúd lo bastante para que el difunto sirviera de blanco, sobre el cual los bandidos harían sendos disparos, llevándose los tres sueldos aquel que pudiese una bala en mitad de la frente del cadáver. El teniente no se había equivocado; su proposición satisfizo á todos sus compañeros, que la recibieron con estrepitoso aplauso. Ocupáronse, pues, los bandidos

sin perder minuto, en los preparativos necesarios a este tiro de nuevo género: uno calculó la distancia, otro preparó la carabina, este dispuso la pólvora, aquel contó las balas; y una vez tomadas dichas disposiciones, todos se reunieron en torno del difunto para levantar el féretro; mas apenas aquellos impíos hubieron puesto las manos en él, Adán, que juzgó era menester despabilarse si no quería perecer fusilado, se puso en pie en su ataúd y gritó con voz de Estentor:

—¡Alma del purgatorio!

Al oír este grito y al ver semejante aparición, los bandidos se precipitaron fuera de la iglesia, olvidándose sobre las losas del coró, no sólo los tres sueldos en litigio, sino también las quince partes que no habían tenido tiempo de embolsar y que entre todas formaban una cantidad de siete mil quinientas treinta pesetas.

Adán permaneció un buen rato con los brazos tendidos y la boca abierta, maravillado del efecto que produjera. Luego saltó con presteza de su ataúd, imaginando que había llegado la hora de poner á su vez pies en polvorosa; con todo, como era hombre de demasiado buen sentido para menospreciar la riqueza que Dios le enviaba, y, por otra parte, había oído decir con frecuencia á fra Bracalone que el diablo se ríe cuando un ladrón roba á otro, preparóse á hacer reír al diablo hasta reventar robando él solo á quince ladrones de una vez. Por lo tanto, tomó el paño que sirviera para amortajarle, tendiéndole en el suelo, y en un abrir y cerrar de ojos reunió en una sola las quince porciones; pero no bien había llegado á la última y mientras estaba contemplando con la avidez de la miseria aquel montón de oro, plata y cobre colocado delante de él, cuando sintió un golpecito en el hombro y á su oído una voz que pronunciaba las siguientes palabras, tan terribles como inesperadas:

—Entro á la parte, compadre.

El pintor se volvió con presteza y vió á Mateo, quien, en pie detrás de él, le estaba mirando socarronamente. No había escapatoria: era menester perderlo todo ó partir el dinero y asegurar el silencio comprando un cómplice. Adán pues no vaciló un segundo; con la rapidez de decisión que el lector le conoce, invitó al tío Mateo á que se sentase frontero de él y tendiese su pañuelo. Hecha la partición, se encontró cada uno de ellos con tres mil setecientas sesenta y cinco pesetas; pero sobraban los tres sueldos promovedores de la contienda entre los bandidos, lo que el artista hizo notar dando una carcajada.

—Precisamente son los tres sueldos que te presté; dámelos, dijo el tío Mateo tendiendo las manos hacia ellos.

—¡Cómo se entiende! repuso Adán apoderándose de ellos, ¡pues no faltaba más! ¡te regalo tres mil setecientas sesenta y cinco pesetas y todavía me reclamas los tres sueldos!

—Te los reclamo porque me los estás debiendo, replicó el compadre, y te los reclamaré en tanto no me los hayas devuelto. Ea, ahora te encuentras ya bastante rico para satisfacer tus deudas; vengan mis tres sueldos.

—¡Tus tres sueldos! ¡pues me gusta! di los míos.

—¿Me das mis tres sueldos, sí ó no? exclamó Mateo asiendo de los cabellos al pintor.

—¿Quieres dejarme en paz con ellos? gritó Adán echando las manos al cuello de su contrincante.

Los dos habían adelantado demasiado para retroceder, y como, por otra parte, eran testarudos como buenos calabreses, cada uno tiraba por su lado, gritando cual poseídos: «¡Mis tres sueldos! ¡mis tres sueldos!»

Pero dejemos á los dos venerables antagonistas que se agarren como quieran y se desgañiten á su antojo, y volvamos á la cuadrilla de Marco Brandi.

Los bandidos habían huído como si llevasen á sus alcances todos los diablos del infierno; mas por grande que fuese su pánico, viéronse obligados á detenerse por falta de aliento. Entonces los unos se apoyaron en el primer árbol que hallaron á mano, otros tendiéronse boca abajo en el suelo, aquéllos dejáronse caer en posición supina. Todos estaban resoplando á más y mejor, cuando á uno de ellos se le acudió que podían muy bien haberse equivocado y sido juguetes de una alucinación de sus sentidos, y aun se animó á dar á conocer, si bien tímidamente, su parecer á sus compañeros; pero la aparición era demasiado reciente para que de buenas á primeras muchos de estos participasen de su opinión. Sin embargo, transcurridos algunos minutos, la tranquilidad de la noche, la limpieza del aire y el frescor de la montaña, tranquilizaron poco á poco los ánimos. La naturaleza que les rodeaba era tan majestuosa y tan pura, que no atinaban á darse cuenta de que no un cuarto de legua del sitio donde se detuvieran, el orden material del mundo fuese turbado en una de sus leyes primordiales. No eran estas precisamente las reflexiones que los bandoleros se hacían; pero fuesen cuales fueren, no dejaban de producir en ellos la misma impresión. Resultó pues, que tras algunos minutos de nuevo silencio, todos estaban casi convencidos de que se habían apresurado demasiadamente en salir de la iglesia, tanto más cuanto en ella dejaran dinero y armas. En consecuencia, uno de ellos propuso volver á aquella por uno y otras, y aunque visto lo que ocurriera al emitirse un momento antes la primera opinión pudiera haberse sospechado que la segunda no pasaría de ser medianamente acogida, sucedió todo lo contrario; y es que cada cual había recobrado el ánimo y desechado el temor; pero como esta transformación no fué parte á hacerles olvidar la vergüenza de la fuga, levantáronse todos silenciosamente y se pusieron en marcha sin proferir palabra.

Con todo, á pesar de la resolución belicosa que unánimemente acababan de tomar, los bandidos, á medida que iban acercándose á la iglesia, sentían renacer en su pecho vagos estremecimientos, síntomas del regreso del miedo. De tiempo en tiempo, el que iba á la cabeza de la pandilla se detenía para escuchar, y los demás hacían lo mismo, guardando todos tan profundo silencio, que cada cual podía oír los latidos de su corazón; luego anudaban la marcha con paso tanto más corto cuanto más iban acercándose al lugar terrible adonde todos se encaminaban y al que ninguno quería llegar.

Por fin se encontraron en lo alto de una colina desde donde se divisaba la iglesia como una mole negra agujereada á trechos por encendidas ventanas, lo que demostraba palpablemente que el túmulo seguía en el sitio mismo en que le vieran. Los bandidos cruzaron miradas interrogadoras, como preguntándose si irían más lejos. El teniente, al ver la vacilación de su pandilla, tomó una resolución y dijo que haría solo la expedición, ya que disfrutando como disfrutaba del estado de gracia por haberse hecho dar la absolución aquella mañana misma por un fraile á quien desbaliara, arriesgaba menos que los demás. Los bandidos prometieron aguardarle, y el teniente, en persignándose, se puso en marcha. Sus compañeros le siguieron con la mirada en medio de aquella hermosa noche oriental, más límpida y más clara que nuestros crepúsculos de occidente, y le vieron avanzar con paso firme hacia la iglesia, yendo perdiéndose su sombra á medida que se alejaba de ellos, hasta que por fin se confundió con la obscuridad del horizonte nocturno.

Los bandoleros permanecieron silenciosos é inmóviles y con los ojos fijos en el sitio por el cual aquél desapareciera y por el que debía aparecer de nuevo.

De esta suerte transcurrieron dos minutos en medio de una tranquilidad solemne que inspiraba á las al-

mas de aquellos hombres supersticiosos más temores que no les hubiera causado el disparar de la fusilería, transcurridos los cuales vieron aparecer entre las tinieblas una forma humana que se acercaba rápidamente. El primer impulso de los bandidos, al ver la celeridad de la carrera del teniente, fué el de huir sin aguardarle; pero advirtiéndole desde luego que nadie le perseguía, se avergonzaron de su terror y no se movieron. El teniente, por su parte, apenas los hubo visto, redobló su velocidad, hasta que por fin pálido, jadeante y con los cabellos de punta se reunió á los suyos.

—¿Todavía está allá esa alma maldita? le preguntó uno.

—¡Ya lo creo! respondió el teniente interrumpiéndose para resoplar á cada palabra; y otras con ella.

—¿Así, pues, las has visto tú?

—No; pero he escuchado á la puerta.

—Entonces, ¿cómo sabes que hay tantas?

—¿Cómo? respondió el teniente; pues lo sé porque he oído como cada una de ellas reclamaba sus tres sueldos. Conque, echad la cuenta de cuántas habrá para que sobre una cantidad de siete mil quinientas treinta pesetas no correspondan sino tres sueldos á cada una de ellas.

En la disposición de ánimo en que se encontraban los bandidos, se adivina la impresión que en aquéllos produjo semejante relato. Todos se persignaron en alta voz y para sus adentros hicieron voto de vivir honradamente en lo sucesivo; tal era el acento de verdad con que el teniente expusiera los hechos. Lo cierto es que éste había llegado á la puerta de la iglesia en lo más acalorado de la disputa entre Adán y su compadre Mateo, en el instante en que éstos se apabullaban y gritaban de tal suerte, que no vieron siquiera que estaban rodeados por una docena de gendarmes, cuya presencia no advirtieron hasta que el sargento les dijo con voz de trueno:

—¡Rendíos, canallas! ¡sois mis prisioneros!

X

UN TERREMOTO

Marco Brandi, al llegar á la capital de la Calabria, halló media ciudad derrumbada, vacías las casas que quedaban en pie y á los habitantes desparramados por el campo: durante la noche había ocurrido un terremoto.

El bandido, que durmiera en un mesón aislado, á tres leguas de Cosenza, y mientras su primer sueño sintiera andar su cama, había tomado por efecto de éste el fenómeno; pero al encontrarse por la mañana en medio del aposento y al ver al mismo tiempo penetrar la luz al través de las grietas que en dos ó tres sitios se abrieran, comprendió lo que había sucedido. Cuanto al propietario del mesón, quien, al parecer, dormía menos profundamente que su huésped, á la primera sacudida había escapado dejando á éste dueño de la casa.

Marco Brandi, que sin pizca de escrúpulo habría detenido á un viandante ó á una diligencia en medio de la carretera, hubiera considerado indigno de un salteador que se estimase en algo salir de un mesón sin satisfacer el gasto. Calculó pues lo que podía valer la cena y la cama que le dieran, juntó á su justiprecio algunos carlinos para la muchacha, dejó el total en el sitio más visible del aposento y se salió de la vivienda, no sin experimentar cierta zozobra tocante á los efectos que debió de haber producido en Cosenza la sacudida que para él pasara por modo tan

suave, y de la que, como hemos dicho, no advirtió las consecuencias hasta el día siguiente. Efectivamente, á medida que iba avanzando, sus temores cobraban más fundamento, pues todas las casas que encontraba en su camino ofrecían huellas más ó menos terribles del fenómeno. Muy más horroroso fué empero el espectáculo que se ofreció á sus ojos al llegar á la cúspide de las montañas que dominan á Cosenza por la parte de Martorano. Si bien no pudo apreciar más que en globo la intensidad del desastre, á causa de la distancia, vió que éste se había extendido de uno á otro extremo de la ciudad, con toda la variedad y todos los incidentes del capricho. Así, en medio de una calle completamente derrumbada, había quedado una casa en pie; otra casa, cuya fachada estaba antes contra el norte, había girado sobre sí misma y miraba ahora hacia mediodía; ésta desapareciera tragada por una sima que luego se cerrara sobre ella; aquélla había quedado suspendida de delgados estays y vacilaba como hombre borracho, y de entre los escombros, partían gemidos humanos y aullidos de animales, capaces de helar la sangre al hombre más animoso.

Marco Brandi avanzaba en medio de aquella escena de desolación, con el corazón oprimido á la idea de que su padre había sido una de las víctimas, y buscando en todas partes quien pudiese darle noticias de él. Pero las calles estaban desiertas. El viejo Plácido Brandi vivía en el barrio opuesto al por donde penetrara su hijo, de modo que éste se veía obligado á llegar hasta el extremo de la ciudad antes de saber noticia alguna. Al llegar al riachuelo que la atraviesa, vió que éste estaba seco, y que en su lecho gran número de obreros abrían hoyas en distintos puntos, bajo la dirección de los peritos de la localidad, los cuales habían leído en los periódicos, que Alarico, después de haber los soldados de éste desviado el curso del Busento para volverlo á su pri-

mitivo cauce una vez terminada la inhumación, habían enterrado en el mencionado lecho el cuerpo de este rey, encerrado en tres féretros, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de bronce. Esta vez no era la mano del hombre la que emprendiera obra tan gigantesca, sino Dios que había soplado sobre el río y héchole desaparecer. Marco Brandi se acercó á los trabajadores para preguntarles qué estaban buscando mientras los desgraciados heridos, envueltos en las ruinas de las casas, aguardaban en vano que se les socorriese; á lo que los interpelados respondieron que buscaban el cuerpo de Alarico, que estaba enterrado allí hacía mil cuatrocientos años. Marco Brandi creyó que el terremoto había trastornado el juicio á los habitantes de Cosenza, y continuó su camino.

Apenas el bandido había andado doscientos pasos, cuando vió otro grupo compuesto de un anciano, tres ó cuatro frailes y hasta una docena de hermanas de la caridad, los cuales registraban los escombros de una casa de la que partían lamentosos gritos. Marco se acercó al grupo y conoció á su padre en el anciano que dirigía los trabajos. Los dos Brandi se arrojaron uno en brazos del otro, y luego, empuñando sendos picos, se pusieron á trabajar con ardoroso ahinco, cupiéndoles la dicha de salvar á una mujer y á dos niños.

Cuanto á los que trabajaban en el Busento, estaban locos de alegría: acababan de encontrar un caballo de bronce que bien podía valer un escudo.

Marco Brandi y su padre corrieron á otra casa mientras los sabios continuaban sus pesquisas. Durante el día, unos trabajaron para salvar á los vivos, y los otros para despojar á un muerto. Por la noche, rendidos de fatiga, Plácido Brandi y su hijo se retiraron á la vivienda del anciano, única que, con otras dos, quedara en pie en medio de las ruinas de una calle entera; los sabios vivaquearon en el lecho mismo del Busento.

Los dos Brandi, que de esta suerte permanecían en una casa que podía derrumbarse á lo mejor, demostraban tener un valor por demás indolente ó una fe robustísima, pues eran casi los únicos que se atrevían á permanecer bajo techado en semejante noche. Todos los habitantes se habían refugiado en las afueras y levantado en ellas apresuradamente una especie de campamento con maderamen y paja, semejante en un todo á un kral hotentote, á no haber la aristocracia, que se mete en todas partes, aun en los terremotos, roto la uniformidad salvaje de aquellas habitaciones improvisadas, con el aspecto de gran número de coches enganchados, con sus dueños en el interior y sus cocheros en el pescante, por parecerles á los propietarios de los mencionados coches más cómodas y sobre todo menos vulgares que las barracas tales viviendas. Por lo demás, nada tan lastimero como el conjunto que ofrecía aquella desventurada población en la que cada cual echaba menos alguna persona ó alguna cosa, y en la que los menos perjudicados eran los que no habían perdido sino su fortuna.

La noche fué terrible, porque es digno de reparo que las primeras sacudidas, sea cual fuere la hora en que acaecen, se reproducen casi siempre por la noche. No parece sino que la tierra teme entregarse á sus delirantes convulsiones á la hora en que el sol la está mirando, y que aguarda el sueño de su rey para caer de nuevo en los accesos de fiebre que la hacen gemir y retorcerse, devorada por el fuego que consume sus entrañas. A cada instante es estremecía el suelo, las campanas sonaban por sí, y en todas partes se oían los espantables y plañideros gritos de ¡terremoto! ¡terremoto! formando el conjunto una armonía fúnebre de gritos, ayes y gemidos que, al remontar al cielo, parecían el último suspiro de una de las ciudades malditas de que nos hablan las Escrituras. El viejo Plácido Brandi y su hijo durmieron unas dos horas; luego, aunque Dios parecía proteger el techo

que les cubría, se salieron de la casa, no para huir ó para lamentarse, como hacía la mayor parte de los habitantes, sino para ver de prestar socorro á los infelices que todavía podían salvarse, sepultados entre los escombros de sus viviendas; pero no bien llegaron al umbral, cuando se vieron detenidos por una procesión extraña que venía hacia ellos. Era un cortejo compuesto de una treintena de capuchinos, unos con hachas y otros que, desnudos de la cintura para arriba, se azotaban las carnes con cilicios; los cuales capuchinos recorrían la ciudad, haciendo pública penitencia para redención de sus pecados y los de sus convecinos.

A medida que la procesión iba avanzando, de las ruinas salían hombres y mujeres, semejantes á espectros, y se arrodillaban, confundiendo sus oraciones con las de los flagelantes, quienes se azotaban las espaldas, de las que manaba sangre en abundancia. El anciano y su hijo se arrodillaron al igual que los demás y como los demás empezaron también á rezar; pero en el instante en que aquellos mártires de la expiación pasaron por delante de ellos, Marco Brandi se calló de improviso y asió del brazo á su padre: en el jefe de los flagelantes acababa de conocer á su teniente Paolo, y en los otros al resto de su gavilla, á quienes creía en el corazón de las montañas de la Calabria, ocupados en otra cosa que en hacer penitencia.

Marco Brandi no acertaba á dar crédito á sus ojos; pero sobrado religioso para distraer de su piadosa ocupación á sus amigos, se contentó con unirse á la muchedumbre, que al ver la devoción de los santos varones les seguía entonando cánticos en su alabanza y no dudando que semejante ofrenda iba á desarmar la cólera de Dios. Al llegar á las gradas de la iglesia, los hacheros redoblaron sus cánticos, y los flagelantes sus azotes; ejemplo que rindió los corazones del auditorio: todos se arrodillaron; los hombres se me-

saron los cabellos, las mujeres se golpearon el pecho y las madres azotaron á sus pequeñuelos, para que la expiación fuese completa, desde la inocencia, todavía impecable, hasta la impotencia privada ya de pecar. Una vez hubieron cesado los cánticos, los haceros entraron en la iglesia, los flagelantes les siguieron uno en pos de otro, y Paolo, á guisa de general que ordena la retirada, se quedó fuera hasta que hubo pasado el último, cuando al ir á entrar á su vez, Marco Brandi le detuvo por el brazo. El teniente, cuya conciencia probablemente estaba todavía bastante cargada á pesar de la penitencia que acababa de hacer, ensayó, sin volver el rostro, desasirse de las manos que le sujetaban, juzgando prudente no mostrar su efigie á aquel que por modo tan evidente mostraba su deseo de entablar relaciones con él; pero en el mismo instante oyó pronunciar su nombre por la conocida voz de Marco Brandi.

—¡El capitán! exclamó Paolo volviendo la cabeza.

—En carne y hueso, dijo Marco; pero ¿qué diablos están ustedes haciendo?

—Ya lo ve usted, capitán, nos ha tocado la gracia de Dios, y hacemos penitencia.

—Esto viene como anillo al dedo, pues iba á presentar á ustedes mi dimisión y temía habérmelas con hombres encallecidos.

—Le felicito á usted, capitán, por su regreso al camino de la santidad, repuso con ademán de profunda contrición el teniente; pero ¿me hace usted el favor de decirme cómo se encuentra aquí cuando lo creíamos encarcelado ó muerto?

—¿Y usted me hace el obsequio de explicarme por qué les encuentro en Cosenza metidos en hábitos de capuchinos, siendo así que les dejé embozados en mantas de salteadores?

—Con mucho gusto, capitán; pero entremos en la iglesia, en ella estaremos más tranquilos que no aquí. Siempre temo que entre la multitud se encuentre al-

gún gendarme que crea llevar á cabo una acción propicia á Dios echándome la garra, y cuando hace poco me he sentido detenido por usted, le confieso que no las tenía todas conmigo: para la penitencia tengo ya bastante contrición, pero todavía no aliento bastante fe para el martirio.

—Enhorabuena, dijo Marco Brandi siguiendo á Paolo y riéndose para sus adentros del miedo que infundiera á su teniente.

Una vez en la sacristía, Marco encontró en ella al resto de su pandilla, que le recibió con muestras de no fingida alegría. Sin embargo, este gozo no estaba exento de zozobra; los pobres diablos temían que su antiguo jefe no se hubiese reunido á ella con la voluntad de conducirles de nuevo al camino del crimen. Paolo, empero, se apresuró á tranquilizarles manifestándoles que su capitán, si no convertido como ellos, á lo menos estaba arrepentido, y que al contrario, venía para presentarles su dimisión y relevarles de su juramento. Conocida esta noticia, nada turbó ya la alegría de aquella reunión, á la que Marco explicó las causas que le inducían á retirarse á la vida privada. Los antiguos secuaces del bandido aplaudieron de todo corazón á su ex jefe, y á su vez refirieron á éste cómo les apareciera un muerto en el instante en que iban á repartirse en una iglesia el fruto de un robo, y cómo, movidos ya ante tal aparición, se habían retirado á la montaña con el intento de renunciar al oficio que hasta entonces ejercieran, cuando el terremoto de la noche precedente, causado evidentemente por el sacrilegio que cometieran en un lugar sagrado, había venido á corroborar su piadosa resolución. Los bandidos habían, pues, partido sin demora para Cosenza, donde existía un convento de capuchinos famoso por su santidad, y héchose conducir á presencia del prior, á quien confesaron sus pecados, sometiéndose de antemano á la penitencia que éste tuviera á bien imponerles. El prior, que